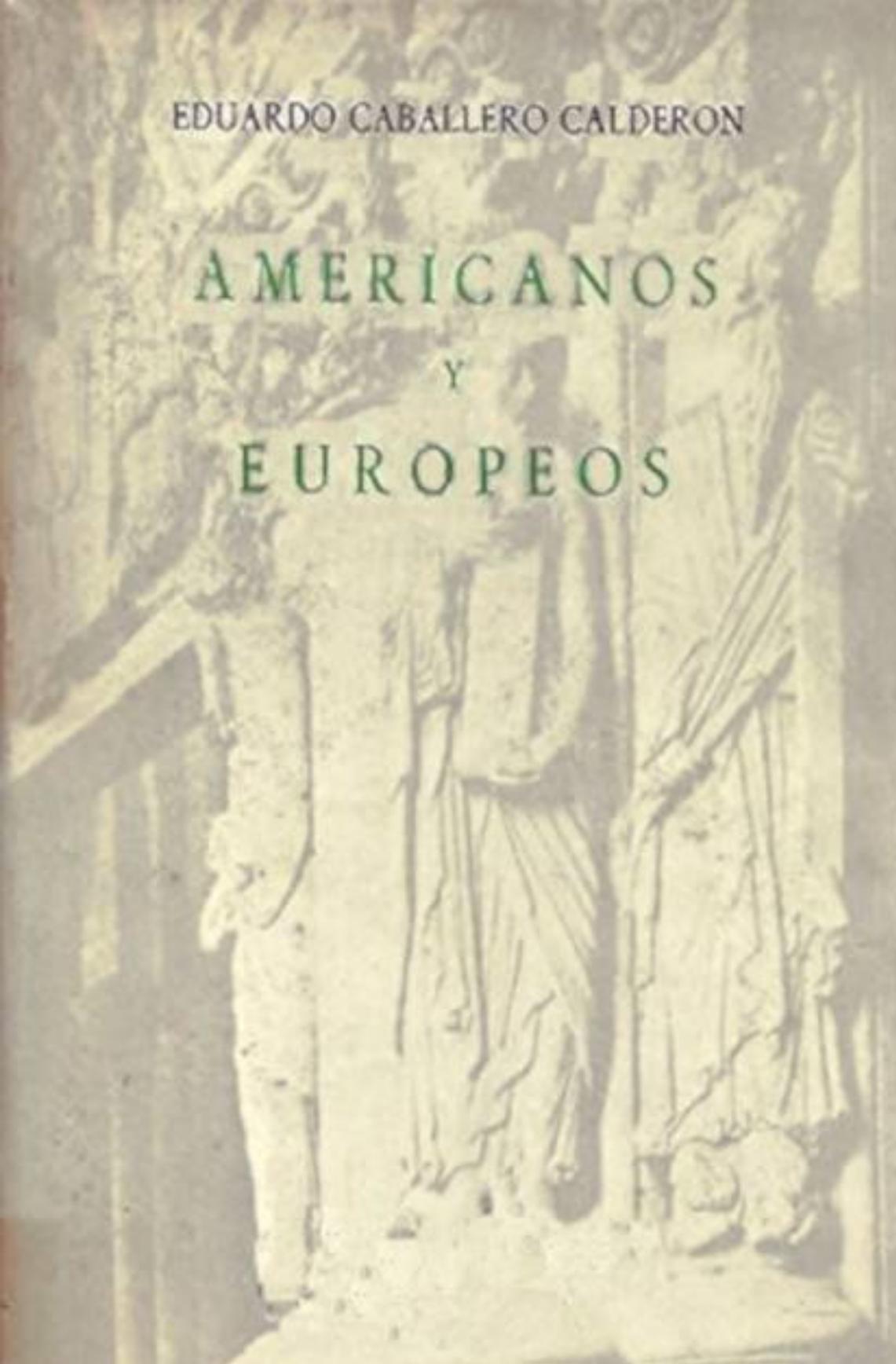


EDUARDO CABALLERO CALDERON

AMERICANOS

Y

EUROPEOS



Eduardo Caballero Calderón en este ensayo vuelve sobre los temas que le han preocupando en sus escritos ensayísticos y en sus novelas: la complejidad de las razas, las costumbres, los dialectos, las formas de vida de los pueblos, los ritos religiosos, las grandes unidades nacionales, el mestizaje y la relación campo-ciudad entre otros, son objeto de agudas reflexiones, que a veces se quedan en la impresión personal por eso de que el escritor-narrador se sobrepone a la mirada crítica del ensayista, pero que no invalidan en ningún momento los acertados juicios que hace. Es decir, problematiza las relaciones entre América y Europa, las analiza con los instrumentos del sociólogo, del historiador y del político; pero invariablemente se superpone el hombre letrado: aquel que diserta sobre el mundo y sus alrededores a través de sus cavilaciones y conjeturas, dejando entrever un rico acervo de ideas y planteamientos que nutren las discusiones sobre el tema que se dieron durante casi todo el siglo XX.

INTRODUCCIÓN

APESAR de la creciente permeabilidad de todas las fronteras nacionales, todavía el Nuevo y el Viejo Mundo se desconocen mutuamente como en los remotos tiempos de las carabelas. Los conceptos geográficos se han modificado en las capas cultas de los países americanos, en los cuales la geografía universal suele estudiarse con más provecho y ahínco que en los países europeos. Éstos son más nacionalistas y su desconocimiento del Nuevo Mundo persiste igual que en la época del descubrimiento. Hecha excepción de los especialistas, las personas comunes y corrientes tienen en Europa la misma idea vaga y nebulosa que expuso Colón a los Reyes Católicos cuando volvió de América: ésta es un mundo fabuloso y lejano, salvaje y desconocido, poblado por indígenas y lleno de metales preciosos. En cambio, los americanos conocen a Europa pero ya no la consideran un organismo vivo, sino la carroña de un animal prehistórico. El Conde de Foxá, español, decía a su regreso de América en 1955 ("A.B. C", de Madrid):

El mundo europeo, suntuario y jerarquizado, a pesar de sus socialistas y laboristas, les parece a los americanos medievoal y arcaico... Les damos la impresión los europeos, aunque no nos lo digan, de habitantes de un museo de figuras de cera.

Y en "Les Nouvelles Littéraires" de finales del mismo año, a propósito de "Moulin Rouge", decía el crítico

G. Charensol: *Moulin Rouge nos prueba hasta qué punto es difícil franquear el foso que separa a América de Europa. Aun este París que vinieron a fotografiar aquí mismo, no es el nuestro, y en él no reconocemos su espíritu ni su atmósfera, como si el director de la película lo hubiera reconstruido en Hollywood. Tenemos una vez más la prueba de que el deseo de hacer bien no es suficiente.*

Pero existe una diferencia fundamental en el mutuo desconocimiento de americanos y europeos. El de aquéllos proviene de ignorancia o de impreparación cultural, pero en ningún caso de falta de interés. En cambio a Europa no le interesa América sino por el dinero que produce, la ayuda militar que suministra, los artículos industriales que compra y los excedentes humanos que recibe. A los americanos seduce extraordinariamente ese museo de cera de que habla el Conde de Foxá aunque, como escribe Charensol, su París sea tan falso y acomodaticio como el de "Moulin Rouge". Los americanos realmente adoran a Europa, viva o muerta, y todos han soñado alguna vez con vivir en París. A los europeos no les hace gracia el que se les considere como curiosidad y documento; pero esta visión es fácil de corregir mediante una educación más esmerada o un conocimiento personal del Viejo Continente que llene las lagunas y corrija los errores que aquella pudo tener.

Más difícil es llevar a la mente de los europeos la idea de que América es un fenómeno humano y social de mayor envergadura que su creciente capacidad de derramar dólares en los cabarets de París y en los lugares típicos de las ciudades europeas. El europeo rechaza en bloque la idea de América, y su concepto sobre ella apenas comenzó a cambiar cuando llegaron las tropas de ocupación a París, en la guerra pasada, para salvar el Viejo Continente del desastre. América no le interesa como conglomerado humano, ni como parte integrante del mundo occidental, ni como retaguardia del mundo cristiano, ni como retoño

del espíritu grecolatino, ni como único paliativo de su decadencia presente. Los americanos ven mal a los europeos, pero al fin y al cabo saben verlos; en cambio, los europeos ni quieren a los americanos ni los pueden ver. El intelectual griego George Theotocas pudo decir, por esto, lo siguiente:

“Se acusa frecuentemente a los americanos de no comprender la historia ni el papel que ella representa en la vida y en el pensamiento de los hombres europeos. Tal vez sería justo agregar que si los americanos no comprenden el sentido de la historia pasada, los europeos no han entendido todavía el sentido de la historia futura”.

Además, es un hecho irritante el que los europeos no hagan distinciones entre los americanos, en cuanto nacionales oriundos de diferentes países. Los revuelven a todos dentro de un mismo concepto, por lo general deprimente. Para la mayoría de los habitantes del Viejo Mundo, claro está que América es una providencia o una esperanza, y continúa siendo el Dorado de los insatisfechos, los emigrantes, los evacuados, los refugiados, los que no tienen techo ni trabajo. El propio Cervantes quiso pasar a América. El señuelo de la emigración a tierras americanas continúa atrayendo millones de voluntarios que ayer buscaban en los Estados Unidos y en la Argentina, y hoy en el Brasil, Santo Domingo y Venezuela, el porvenir de que en Europa ya no podrán disfrutar. Pero este sentimiento, participado por millones de europeos, es casi exclusivo de las clases populares y de unos pocos elementos de la pequeña burguesía, pero en ningún caso de las clases cultas. Desprecian éstas al americano y cuando no les parece completamente bárbaro e ignorante, le dicen con una sonrisa despectiva: “¡Ah! ¿Usted no es europeo?”, como si dijeran que su interlocutor tuvo la desgracia de nacer americano por accidente.

Acostumbrado el europeo a profundizar todos los conceptos, sin embargo continúa resbalando sobre la superfi-

cie de América sin penetrar un milímetro en la intimidad de sus habitantes, sin ir más allá de su epidermis, que es su paisaje. Los americanos son *los bárbaros* que fueron los europeos antes de la invasión romana, pero los europeos pueden convertirse en *los antiguos* antes de la invasión de los triunfadores de América. Del mismo modo que los unos juzgan a los otros, los romanos consideraron a los galos, a los sajones, a los iberos, cuando llegaron hace dos mil años al Viejo Continente para acampar a la sombra de los bosques del Taunus y a la orilla de los pantanos del Elba. Y esa manera de mirar y considerar a los habitantes de América como a frutos inmaduros de una generación espontánea, despierta en éstos una reacción de rechazo. En Europa el americano aprecia mejor su propio continente, porque lo ve con perspectiva histórica y desde lejos. Si bien es cierto que la ausencia de sentido tradicional mutila su psicología, y le da una mentalidad plana, por otro lado la despeja y la desembaraza de obstáculos, puesto que él se sabe un hombre proyectado hacia el porvenir. El europeo está de espaldas al americano, o el americano de espaldas al europeo, pero como se verá en este libro, el porvenir declina cada vez más hacia occidente. Por esta razón los historiadores europeos del porvenir verán en la invasión y conquista de Europa por los americanos un fenómeno tan importante como la expansión del Imperio Romano y la civilización de galos, iberos y germanos por las legiones de César. Una conquista por las buenas, en muchos casos requerida con insistencia por los gobiernos, o por los pueblos contra los gobiernos, lo cual impone una distinción muy importante entre la actitud de romanos y americanos frente a esta doncella que conserva casi intacto su encanto secular, pese a que ha perdido su doncelez muchas veces y ya tiene muy deslucidos sus encantos.

A partir de 1914, la historia europea sufre un tremendo dislocamiento, con trágicos espasmos: la revolución rusa en 1918, la guerra de España en 1936, la invasión nazi en

1935, la guerra mundial en 1939, la postración militar en 1945, la rehabilitación económica mediante el Plan Marshall en 1950, la posesión de la bomba atómica y del mayor poderío militar que se haya conocido en la historia por Rusia y los Estados Unidos en la última década. Pero el fenómeno más interesante es sin duda la presencia de América a partir de 1945 en el continente europeo; su ocupación militar indefinida; su ayuda económica creciente; el establecimiento de bases en Italia, España, Francia, Alemania y el Medio Oriente; el incremento formidable del turismo en países que ya no parecen vivir sino para que los disfruten estos nuevos legionarios de pelo rubio, cuyo imperio se simboliza en una máquina fotográfica, una chequera de dólares y una goma de mascar. Los europeos de hace dos mil años se defendían de Roma hasta con las uñas; los de hoy piden la invasión por América. Como los griegos de la decadencia, como los romanos del bajo imperio, los europeos se entregan dócilmente al hombre nuevo, al bárbaro que posee la juventud y la fuerza. No luchan por defenderse. Permiten que las lenguas vernáculos se empapen de palabras exóticas y se contaminen de una sintaxis sincopada que discrepa del viejo genio latino. Imitan al invasor, y al contacto más íntimo y permanente con él, se van desnaturalizando. Los países van perdiendo color, las modas se aplebeyan o se americanizan, las gentes se vulgarizan o progresan, las costumbres se degradan o se transforman, en todo caso la vida cambia de ritmo y se acelera en vertiginosos remolinos urbanos que recuerdan a Times Square a las seis de la tarde.

Son los propios europeos, como Georges Sonnier, quienes dicen estas cosas con palabras que traducen su amarga melancolía:

En dos grandes guerras, Europa se ha destrozado con sus propias manos, y ha empleado en abatirse lo mejor de sus fuerzas; y tal vez la historia dirá que la faz del mundo comenzó a cambiar aquel día de abril de 1945 en que el

primer soldado americano y el primer soldado ruso se encontraron a las orillas del Elba, habiendo el uno y el otro pisoteado el cuerpo martirizado de nuestro continente. Se puede objetar, lo sé, que Rusia también hace parte de Europa... Pero me limito a hablar como hombre de la Europa occidental y a decir que aquel día no fue derrotada solamente la Alemania nacionalsocialista –y era necesario que lo fuera– sino también cierta cara de Europa, de una Europa soberana que hubiéramos querido ver sobrevivir. ¡Ah! Muchos somos los que recordamos los días de 1944 y lo que debemos a América, que nos ha libertado y nos ha alimentado, y es bueno no olvidar estas cosas. Pero séame permitido decir que lo que hoy nos rebela es ese sentimiento de gratitud vergonzosa y un poco amarga de quienes estaban habituados a dar, y convertidos en indigentes se ven obligados a recibir y a aceptar. La Europa tutelar, madre de tantas civilizaciones sembradas a lo lejos, entre las cuales figura en primer lugar la civilización americana, se ve brutalmente disminuida, dividida, depuesta, no sólo de sus riquezas y de su poder sino lo que es mucho más grave, de su propio destino. De dominante que era, se ha convertido en dependiente.

Y también son los propios americanos quienes señalan el fenómeno cuando dicen, con Robert Jungk, en la misma ocasión en que habló en Ginebra el europeo Sonnier:

No hay sino que estudiar lo que sucede (y sucede todavía a veces) cuando unidades americanas han residido durante un tiempo, como vencedores o como aliadas, en Alemania, en Austria, en Italia, en Francia o en Inglaterra. La vida de los pueblos, de las ciudades y aun de regiones enteras comienza a modificarse. No se trata solamente del aspecto exterior sino frecuentemente también, y de una manera fulgurante, de la manera de vivir y de la escala de valores, sobre todo entre los jóvenes. Pero lo más notable es que esta revolución parece operarse casi siempre sin presión exterior, sin terror. Este estilo de vida americana que

aun en los Estados Unidos ha sabido adaptarse y digerir tantos aportes culturales diferentes, obra también en el extranjero, allí donde ha sido intensamente vivida, por el simple ejemplo que incita a la imitación.

Pero lo que venimos diciendo tiene otras curiosas implicaciones. De unos años a esta parte, más concretamente en la última década de la postguerra, ha variado mucho la actitud de los americanos del Norte y del Sur respecto de los europeos. Siguen llegando al Viejo Continente en oleadas y a veces permanecen, como las fuerzas de ocupación, durante largos años. Pero es un hecho que de la admiración irrestricta por los países ribereños del Mar del Norte, el Cantábrico, el Atlántico, el Mediterráneo, el Adriático, los americanos han pasado sin transición perceptible a un menosprecio piadoso por Europa del cual solamente excluyen a Alemania. Y la excluyen porque ella les parece la más americanizada de las naciones europeas y la que ha adoptado más rápidamente la mentalidad de los tiempos nuevos impuesta por la máquina.

Entre las dos guerras, y con mayor razón antes de la del 14, no sólo los americanos del Norte y del Sur pasaban largas temporadas en Europa, sino que su máxima aspiración era hacerse pasar por franceses, ingleses o españoles. La mayor felicidad de un vaquero de Kansas consistía en que los conserjes de un hotel de París lo tomaran por un inglés de las orillas del Támesis. Los argentinos millonarios, que se habían enriquecido ordeñando la pampa de las vacas gordas, creían honradamente que todo el mundo (es decir el chófer, el sastre, la modista, el dependiente de almacén, el criado) los confundía con los franceses. Este fenómeno de mimetismo nacional traducía una cándida, una irrestricta, una crédula admiración por los países europeos que seguían viendo en los americanos sólo vaqueros de Kansas y bárbaros más o menos ricos de la Argentina o del Brasil.

Empero, las razones de la admiración de los americanos por los europeos estaban sobradamente justificadas. Ya no se trata aquí de razones históricas sino de orden práctico y actual, al alcance de quienes ignoran la historia. Los comerciantes ricos de cualquier ciudad hispanoamericana conocían por una reiterada experiencia la seriedad y honradez de los comerciantes ingleses. Las familias que educaban a sus hijos en París comprobaban la perfecta solvencia y la eficacia del *Crédit Lyonnais*, así como la seriedad de los colegios y las universidades de Europa. Quien iba a España a ver toros, o a visitar ruinas a Italia, se admiraba de la sencillez y la simpatía de unos pueblos que no desvalijaban al extranjero en los caminos ni le asaltaban en las calles.

A estas comprobaciones de los residentes y los viajeros, había que agregar el hecho de que por turbulenta que fuese la política interna o internacional de un país europeo, la vida ordinaria no padecía alteraciones. Inglaterra tenía contiendas militares en alguna colonia o participaba en alguna guerra internacional, pero esto apenas agitaba la superficie de la prensa y del Parlamento, sin perturbar la corrección del obrero, la seriedad del comerciante, la solidez de la libra inglesa, la libertad de perorar en Hyde Park mientras los pajaritos se picotean las plumas en un árbol. Francia, como en los tiempos de Briand, o de Luis Felipe, seguía envuelta en la algarabía de los partidos políticos y entregada al deporte de tumbar gobiernos, restaurarlos, volverlos a tumbar, sin que variara una coma el programa de estudios universitarios, ni los profesores de lenguas orientales abandonaran la Sorbona, ni cerrara las puertas la Comedia Francesa, ni en la ribera izquierda una partida de bohemios impenitentes dejara de transformar la pintura, la literatura o la filosofía. En España e Italia sucedían cosas atroces, pero la alegría y la simpatía de las gentes seguían ilesas, como si no hubiera pasado nada. Y era lo cierto que pasaban las guerras, las revoluciones, los cam-

bios de régimen o de dinastía, las crisis, pero ciertos valores esenciales permanecían intactos. Nos referimos al respeto por el prójimo, al culto por el arte, al amor del trabajo bien hecho, al gusto por la buena mesa y el vino bueno, al sentimiento de la propia dignidad y de la dignidad ajena. La guerra y la revolución enloquecían a los europeos durante algún tiempo, pero después volvía la calma y con ella otra vez el trabajo y el amor a la vida.

Después de la segunda guerra, varió radicalmente el concepto que tenían los americanos de Europa, como se ha dicho, porque también Europa comenzó a variar. Contribuyeron a estos cambios hechos muy importantes: la revolución rusa, que perturbó el mundo entero y atrajo el interés de los intelectuales de izquierda; el nazismo y el fascismo, que pusieron a marcar el paso de ganso a los intelectuales de derecha; la guerra española, que fraccionó la opinión hispanoamericana; la segunda guerra mundial, que desarrolló en forma insospechada el auge económico de los Estados Unidos y produjo al mismo tiempo el derrumbe comercial de los países europeos. Durante muchos años, a partir de 1939 y por lo menos hasta 1945, los norteamericanos y los hispanoamericanos, con la excepción de los militares para los primeros, dejaron de visitar a Europa. Cuando regresaron unos y otros, los norteamericanos, por razones de orden militar y económico, dieron en considerar a Europa por encima del hombro, como a parienta pobre a quien por caridad debían ponérsele inyecciones de penicilina para que no muriera tan pronto. Europa era una colcha de retazos que se rasgaban al contacto de esa tela dura, mercerizada, sanforizada, trubeniada, de la eficacia y la técnica norteamericana. Y los suramericanos padecieron de golpe una atracción irresistible por América del Norte, en detrimento de Europa, porque están acostumbrados a apostar siempre al que gana, con la particularidad de que apuestan después de que ha ga-

nado; y Europa empezó a parecerles fea, vieja y sucia, y sus mujeres sin "sex-appeal".



El porvenir de Europa, modificado y rectificado por un presente vertiginoso que a ella ya no le pertenece, es el Nuevo Mundo, pese a todos sus defectos nacidos de la improvisación, la impreparación, la ignorancia y el apresuramiento. Por esto muchas de las observaciones que aparecen en este libro van a ser consideradas ligeras, muchos de sus juicios apresurados y muchas de sus aseveraciones falsas, por los sociólogos, los historiadores y los eruditos. Lo cual, sea dicho para terminar, sólo vendría a confirmar una de tantas características psicológicas que distinguen al americano del europeo; la impetuosidad del uno frente a la juiciosa parsimonia del otro, y la intuición improvisadora del primero frente a la prudencia reflexiva del segundo. Sin embargo, por algo había que empezar, si de veras existe el deseo de salvar entre todos ciertos valores esenciales de la cultura europea, y sobre todo si existe el propósito de salvar el hombre. Tenemos que empezar por conocernos mutuamente, y este libro de apuntes es, y no podría ser otra cosa, una de tantas maneras de empezar.

E. C. C.

CAPÍTULO I

PANORAMA ESQUEMÁTICO DE EUROPA

1. Unidad y heterogeneidad de Europa. – 2. Lo europeo y lo antieuropeo. – 3. América en Europa. La fatiga del metal. – 4. El negativo de Europa. “La historia que hubiera sido”.

1

EUROPA es la buena tierra que recibió todas las semillas, y en ella todos los pueblos fueron dejando huellas de su paso. Si no fue la cuna de todo lo que amamos, en cambio todo creció y floreció en ese trozo de Asia que se asoma a la cuenca del Mediterráneo. En las aguas de este mar navegaron los fenicios, cantaron las sirenas de los griegos, flotaron las galeras romanas y se abordaron la cruz y la media luna, símbolo aquél de lo más fecundo que se descubre en la cultura europea. Europa es la encrucijada de lo que constituye para el hombre contemporáneo su propia historia. Es el trapiche que muele todas las razas y el alambique que destila todas las ideas que han formado su espíritu. Sin Europa, la historia no tendría sentido para los americanos, los cuales, aunque sus padres fuesen inmigrantes turcos, o negros africanos, o indios aborígenes, la sienten más próxima y operante que la de sus propias razas.

A Europa no podría extraérsele una sola nación de las que secularmente la forman, sin que toda ella se sintiera empobrecida y disminuida espiritualmente. Sin Italia no habría conocido la primavera del Renacimiento. Sin Inglaterra no habría alcanzado la madurez política. Sin España y sin Portugal no habría gozado el orgasmo del descubrimiento. Sin Francia no habría sido racional e inteligente. Sin Bélgica no habría sido patriota. Sin Polonia no habría sido mártir. Sin Holanda y sin los países del Norte no habría sido trashumante. Sin Alemania no habría sido impulsiva y genial. Sin Austria no habría conocido la armonía. Sin la Rusia europea no habría padecido la revolución y sin los cantones suizos no habría sido sensata.

Europa no es un bloque homogéneo y compacto tal como se le considera desde la periferia, es decir, desde el otro lado de los Montes Urales y desde la otra banda del Atlántico. Esto es válido especialmente para los americanos del Norte, a propósito de los cuales don Salvador de Madariaga trae en su libro titulado *Bosquejo de Europa*, una anécdota que, de no ser cierta, sería perfectamente verosímil. Dice así:

El millonario yanqui ha comprado, desarmado, transportado a su tierra y reconstruido piedra a piedra, un antiguo castillo escocés; y el amigo a quien, muy ufano, se lo enseña en su nuevo esplendor, le pregunta: ¿Pero qué hacen ese canal veneciano y esa góndola delante de un castillo de Escocia?; a lo que el feliz propietario contesta: Es para darle el ambiente europeo.

Primero se ríe uno; pero el que ya ha llegado a europeo y no es sólo escocés o veneciano, se pone a pensar: ¿No será que el yanqui aquél, en vez de ignorante, era intuitivo, y se había adelantado a todos nosotros? Vistos desde América, ¿no es natural considerar como afines y armónicos un canal veneciano y un castillo escocés? ¿No pertenecen ambos, como el yanqui decía, genialmente, "al ambiente europeo"? Sólo intentando sentir ese ambiente eu-

ropeo podremos darnos cuenta de la unidad que late bajo la variedad de las dos docenas de naciones europeas. Dos docenas por su variedad, europeas por su unidad, todas, a pesar de sus vigorosas diferencias, tienen ese aire de familia que le hace a uno decir: Esto es Europa; un aire de familia que absorbe y resuelve los matices y acentos nacionales en una actitud neta y clara.

Los historiadores europeos cargan el acento de la historia sobre la nación a que pertenecen, o sobre el período que, por la índole de sus estudios, los atrae particularmente. Los unos, aficionados a la filosofía y al arte, depositan en Grecia el grano de mostaza de la cultura europea y se apoyan alternativamente en Platón y en Aristóteles. Los otros, enamorados del imponente aparato jurídico de la Roma republicana, sitúan en ella el motor de la cultura occidental, como Momsen, Foustel de Coulanges y Guillermo Ferrero. Spengler insiste en la importancia del sustrato aborigen, puramente europeo, que se refleja en las raíces de ciertas palabras góticas, no latinas, y en las costumbres populares, las instituciones políticas y las formas artísticas de tipo germánico. Lo europeo, para muchos, es lo antihe-lénico y lo antilatino que resiste y se mantiene en Europa. Y otros, como Hutzinger y Berdiaeff, hacen de la Edad Media, política y administrativamente dispersa pero espiritualmente solidaria y católica, el epicentro y el clímax de la cultura occidental.

Sin embargo, podrían encontrarse tres grandes y soberanas corrientes en lo que se refiere al enfoque del fenómeno europeo, anteriores a la desviación nacional a que acabamos de referirnos, la cual no es sino una deformación visual de los historiadores. Desde un punto de vista religioso, Europa es la descomposición de la idea mosaica y judía en el mundo de Occidente, y al mismo tiempo la paulinización del cristianismo. Desde otro punto de vista, es la corrupción de la idea romana del Estado por obra de los elementos bárbaros que en ella se introdujeron y